

(Transcripción)

Laica como nosotros

En esta época se habla mucho de la función del laicado y seguramente se perfilaría mejor la figura del laico, que también es «Iglesia», si se explicasen mejor y un poco más extensamente algunos aspectos de María Santísima. Ella es, nos parece, el modelo del laico, aunque sea excepcional y singular.

Los católicos no hacemos una deidad de María, de lo que nos suelen acusar, pero a menudo, puesto que hemos descubierto por la fe y el amor todo lo que la hace especial, la relegamos a una esfera alejada de nosotros que le corresponde, pero que no es la única.

En ella ensalzamos a la Madre de Dios, a la Inmaculada, a la Asunta, a la Reina, pero no a la cristiana perfecta, novia, esposa, madre, viuda, virgen, modelo de todo cristiano, Aquella que – como nosotros laicos – no puede ofrecer sacramentalmente Cristo al mundo, porque – igual que nosotros – no forma parte de la Jerarquía, pero que en la Iglesia está siempre muy activa, participando como madre por la caridad que le apremia en el corazón, donde vive su sacrificio con el que comparte el de su Hijo.

María, laica como nosotros, subraya que la esencia del cristianismo es el amor y que también los sacerdotes y obispos, antes que nada, deben ser verdaderos cristianos, crucifijos vivos, como lo fue Jesús, que en la cruz fundó su Iglesia.

María, además, poniendo de relieve en la Iglesia el aspecto fundamental del amor que la hace “una”, presenta al mundo a la Esposa de Cristo como Jesús la deseó y todos los hombres de hoy la esperan: caridad ordenada, caridad organizada. Y sólo si la Iglesia subraya este aspecto fundamental suyo, puede hoy día llevar a cabo dignamente la función de contacto y diálogo con el mundo, al que a menudo le interesa poco la Jerarquía, pero que es sensible al testimonio del amor en la Iglesia, alma del mundo.

(Escritos Espirituales/2, pp. 12-13)